

puso mano el primero Chimalpopoca, cuando pereció, víctima de un horrible envenenamiento cuyas circunstancias no hallamos claramente descritas. Parece que el señor de Iztapalapan, sobrino suyo, se puso de acuerdo con el feudatario de Tlachco para atentar á la vida del rey, y que entrambos enviaron á México unas hechiceras á que le sirviesen cierto brevaje. Al entrar un dia Tizoc á su palacio, de vuelta de una fiesta religiosa, comenzó á vomitar sangre y cayó muerto. Dióse tormento á las envenenadoras, y, á consecuencia de sus revelaciones, los señores de Iztapalapan y Tlachco fueron traídos presos y ejecutados públicamente en Tenoxtitlan, asistiendo al acto los reyes aliados y la nobleza de todo el imperio. La muerte de Tizoc tuvo lugar en 1482, segun Clavijero.

### XIX.

**Asciende Ahuizotl al trono de México.**

—El templo mayor y su dedicación.—

Reflexiones.

El generalísimo Ahuizotl fué proclamado rey de México á la muerte de Tizoc, y, acaso con el fin principal de proveerse de cautivos para la ceremonia tradicional de su sacrificio en la solemnidad

de la coronacion, llevó la guerra á los mazahuas y zapotecas. De la region de estos últimos regresó despues de haber construido la fortaleza de Huaxyacac, dejando en ella una guarnicion que mantuviera libre el paso á los mercaderes aztecas. Años despues, los españoles formaron á corta distancia de la expresada fortaleza la ciudad de Antequera, que se llamó mas comunmente Oaxaca, alterando en la pronunciacion el nombre del fuerte erigido por Ahuizotl. Terminada la campaña de los zapotecas, la expedicion militar se alejó hasta las fronteras de Chiapas y volvió á Tenoxtitlan cargada de valiosísimo botin y de un número increíble de prisioneros.

El año siguiente tuvo lugar la dedicacion del templo mayor de México, comenzando por Tizoc segun algunos historiadores, y desde tiempo de Chimalpopoca segun otros. Ocupaba el centro de la ciudad, y con sus edificios anexos el sitio que hoy ocupan la catedral, la plaza de armas y algunas de las calles inmediatas. Cercábalo un muro de cal y canto, cuadrado, de menos de tres varas de alto, rematando en almenas y adornado de serpientes de piedra; tenia cuatro puertas, á los cuatro vientos, y de ellas partian las calles y calzadas hasta Xochimilco, Tacuba, Tepeyacac y rumbo hoy lla-



mado de San Lázaro, habiendo bien provistos arsenales arriba de cada una de dichas puertas. El patio ó atrio inferior estaba enlosado de piedras bruñidas, y en el centro se levantaba una masa paralelógrama, de cinco cuerpos sobrepuestos en disminucion comunicados unos con otros por medio de escaleras, y revestidos de ladrillo; todas las escaleras daban al Sur y no se podia subir del primero al segundo cuerpo y de este al tercero y á los demas, sin haber recorrido toda la ceja ó parte saliente de cada cuerpo respecto del que le seguia. En la extremidad oriental de la plataforma del último se alzaban, á cosa de diez y ocho varas, dos torres de tres cuerpos cada una, construidas de cal y canto en su parte inferior y de madera en la superior: las bases de entrambas torres eran los santuarios consagrados á Huitzilopochtli y á Tetzcatlipoca. La altura total del edificio era de cincuenta y seis varas castellanas y dominaba todo el valle de México. En el atrio superior ó plataforma del quinto cuerpo estaba la piedra de los sacrificios ordinarios, donde era tendida la víctima para abrirla el pecho y arrancarla el corazon; y en el átrio inferior aparecia la piedra de los sacrificios gladiatorios, donde, si se trataba de algun prisionero ilustre, combatia éste, asegurado

un pie por medio de sogas, con algunos guerreros aztecas, y quedando libre con tal que los venciese. En el atrio superior y frente á las torres ó santuarios, habia dos grandes braseros de piedra, donde se conservaba dia y noche por los sacerdotes el fuego solo renovado en las fiestas seculares. En el espacio que mediaba entre el muro y el templo propiamente dicho, habia una plaza para las danzas religiosas, mas de cuarenta teocallis pequeños consagrados á los otros dioses, siendo notable el de Quetzalcohuatl, que era circular y cuya entrada figuraba la boca de una serpiente; seminarios, habitaciones para los sacerdotes, casas de retiro, fuentes sagradas, sitios para aves, jardines, cárceles para los ídolos de los pueblos vencidos, y osarios donde se conservaban los cráneos de las víctimas, á veces con todo y cabellera. Entre los templos pequeños, habia uno consagrado al planeta Vénus, otro cubierto de conchas y otro de espejos hechos con piedras lustrosas. Ademas de los cráneos hacinados en los osarios ó que sirvieron para la construccion de dos torres y de las escaleras, habia infinidad ensartados por las sienas en palos puestos de una á otra viga, y se dice que los españoles contaron ciento treinta y seis mil. De las fuentes sagradas aun queda algun manantial cer



ca del atrio, en la contraesquina de las calles de Tacuba y Santo Domingo.

Las fiestas de la dedicacion del templo mayor consistieron principalmente en los sacrificios humanos habidos durante cuatro dias, no solo en él, sino en todos los teocallis de Tenoxtitlan. Habia venido gente de todas partes del imperio, á presenciar las fiestas, y la muchedumbre constituia una masa compacta desde Huitzilopochco (Churubusco), hasta Tepeyacac (Guadalupe). Los prisioneros destinados al sacrificio formaban hileras desde el atrio del templo mayor hasta Malcuitlapico ó la Candelaria, por la calzada de Iztapalapan, y por la de Tacuba hasta media legua de distancia. Torquemada dice que las víctimas fueron en número de setenta y dos mil trescientas cuarenta y cuatro, y que la sangre corria por las escaleras del templo á manera del agua corriendo cuando llueve recientemente. Aquella horrible hecatombe comenzó desde el alba, y vamos á traducir algunos pasajes de Brasseur, que da la idea de ella:

“...La comitiva real no tardó en ponerse en marcha á su vez. Ahuítzotl habia hecho distribuir á todos sus convidados trages espléndidos, y él mismo llevaba con orgullo las insignias de su potestad. El gran sacerdote se vistió con el

trage de Huitzilopochtli, y otros sacrificadores, segun su gerarquía, con las de Tetzcatlipoca, Quetzalcohuatl, Tlaloc y demas divinidades de Tenoxtitlan.—Ramas y flores adornaban todos los teocallis, y su aspecto, no menos que los suaves perfumes que embalsamaban el aire matinal, hacian contraste con la horrible ceremonia que se preparaba. El monarca mexicano, acompañado del chihuacohuatl ó primer ministro de su casa, subió el primero á la cima del gran templo, y se sentó á un lado de la piedra de los sacrificios, en una silla esculpida de espantosas figuras; uno y otro tenian cortantes cuchillos en la mano. Nezahualpilli y Chimalpopoca, armados del mismo modo, se colocaron al lado de Huitznahuac. Seguíanles los sacerdotes revestidos con los arreos de las divinidades y ostentando la obsidiana en su diestra. Dividiéronse en dos grupos, colocándose los unos al redor de Ahuítzotl y del chihuacohuatl, y los otros cerca de los reyes de Texcoco y Tacuba, á fin de ayudarlos en sus funciones de sacrificadores. El propio ceremonial tenia lugar á la misma hora en los principales templos de la ciudad, y los señores mas notables de la corte hacian en ellos, acompañados de los respectivos sacerdotes, el papel que Ahuítzotl des-



empeñaba en el santuario del dios de la guerra.

“Cuando todo el mundo ocupó su puesto, dióse desde lo alto de las torres la señal convenida para proceder al sacrificio. El teponaxtli hizo oír sus acentos lúgubres, á que respondieron desde luego el ronco tlapanhuehuatl y el penetrante ayotl (tambor hecho con la concha de una tortuga), distinguiéndose á intervalos el sonido siniestro de las hojas metálicas y los sordos mujidos de los caracoles. Al compas salvaje de esta música infernal comenzaron los cautivos á subir las escaleras del teocalli; llevaban sus vestidos de fiesta y adornada la cabeza con plumas. A medida que llegaban á la plataforma, cuatro ministros del templo, pintados de negro la cara y las manos de rojo, se apoderaban de la víctima y la extendían en la piedra, á los pies del trono. Ahuizotl se prosternaba en tierra, volviendo el rostro á los cuatro vientos, abría al prisionero el pecho, arrancábale el corazón que presentaba palpitante hácia los cuatro lados, y lo entregaba en seguida á los sacrificadores, quienes lo arrojaban al “quauhxicalli,” especie de pozo profundo; terminando el acto con sacudir hacia los cuatro puntos cardinales la sangre que les quedaba en las manos.

“Después de haber inmolado así multitud de víctimas, Ahuizotl, ya cansado, presentó su cuchillo al gran sacerdote de Huitzilopochtli, quien, á su vez, lo pasó á Quetzalcohuatl y á los demás. Otros sacerdotes ocuparon sucesivamente el puesto del cihualcohuatl y de los reyes de Texcoco y Tlacopan. Según las tradiciones contemporáneas, la sangre corría á lo largo de las escaleras del templo como el agua durante las tempestuosas lluvias del invierno, y habriase dicho que los ministros estaban vestidos de rojo. Tan horrible hecatombe duró cuatro días cabales; los corazones de que estaba lleno el pozo ó zanja, y la sangre que inundaba toda la ciudad, comenzaban á corromperse, al extremo de que el hedor que exhalaban, en unión de los cadáveres, se hacía sentir hasta los suburbios. Los reyes y embajadores extranjeros asistieron á estas atrocidades desde lo alto del templo de Cihuatecpan, cuya elevación permitióles abrazar con la vista el conjunto de las ceremonias, y partieron llenos de espanto; pero Ahuizotl, á la despedida, les hizo riquísimos regalos, y si al volver á sus respectivos países difundieron el terror de su nombre, llevaron igualmente el recuerdo de su magnificencia.”

Hasta aquí el abate Brasseur, quien



apoya su relacion en citas de Alvarez Tezozomoc, Torquemada y Betancourt. El ejemplo de la sanguinaria magnificencia de Tenoxtitlan fué imitado en otras ciudades del imperio con motivo de la dedicacion de nuevos santuarios; y el segundo de los historiadores antiguos á quienes acabamos de nombrar, estima en mas de cien mil las víctimas humanas inmoladas en el Anáhuac durante ese solo año, que parece haber sido el de 1487.—Los que, llevados del espíritu de raza ó de partido, afectan considerar la civilizacion de estas comarcas superior á la de los pueblos cristianos de aquel tiempo, y califican de extrema calamidad la conquista española, fundadora de la sociedad á que pertenecemos, atrójanse al hallar en la historia la consignacion del antropofaguismo á que se entregan los aztecas, regalando sus paladares con algunas partes de los cuerpos de las víctimas, (1) y mortificanse ante los detalles de las fiestas sangrientas de Ahuitzotl. No pudiendo contradecir abiertamente la asercion

(1) "Comian solo las pierna, los muslos y los brazos, y lo demás lo quemaban ó lo destinaban para mantener las fieras de las casas reales. Entre los otomites que parece que se comia todo el cuerpo, porque lo hacian pedazos y éstos se vendian en el mercado público." —CLAVIJERO.

unánime de los historiadores, tratan de disminuir en unos cuantos miles el número de las víctimas, como si esto destruyera lo que tal matanza tiene en sí de horrible y criminal, ó como si esas manchas sangrientas eclipsaran á los ojos de la posteridad el esplendor que alcanzaron las artes políticas y liberales de los antiguos habitantes de nuestro territorio. No obraria menos desacordadamente quien, tratando de ensalzar los resultados de la conquista, negara la carniceria de Cholula, los asesinatos de Alvarado, la avaricia y crueldad de los encomenderos y los feos lunares que aparecen en la fama del mismo Hernan Cortes. La historia del género humano, lo mismo cuando se trata de pueblos que de individuos, es una mezcla de luz y sombras, un tejido de progreso y aberracion, un haz de heroicidades y de crímenes, un testimonio práctico de la falsedad radical de esa escuela filosófica que, negando á Dios, deifica al hombre, reputándolo dotado de innata perfeccion y llamado á establecer en el tiempo el paraíso en que no creen en la eternidad los sectarios de la expresada escuela.